

Expone su «Álbum» íntimo en una muestra fotográfica

## El cuerpo nos representa y nos dice quiénes somos: Ana Casas

José Nava

**A**na Casas Broda muestra su *Álbum* (Mestizo). Se trata de un libro de fotos o, mejor dicho, de un discurso en torno a la búsqueda y construcción de la propia identidad, al pasado y al presente de la autora, que narra la historia de cuatro generaciones de mujeres a través de textos y fotografías.

—Desde que nos fuimos a México —escribe Casas Broda— siempre vuelvo a Viena a ver a Omama, mi abuela. Me sumerjo en los álbumes como si escondieran un secreto, la clave de algún misterio. No distingo entre las fotos y mis recuerdos. Ya no sé si los he construido a partir de las imágenes”.

—¿Qué la lleva a indagar y poner en textos y fotografías parte de su pasado?

—Pasé una infancia —dice Ana Casas— muy movida entre España y Austria. Con muchos cambios. Luego llegamos a México y, a pesar de que regresaba a Austria frecuentemente, sentía que todo se había quedado allá. Eso motivó que años después sintiera mucha atracción por las fotos de mi abuela. Así que tenía una necesidad de hacer algo con esas fotos. De explorar de dónde vengo. Pero lo más importante fue descubrir que mi abuela se relacionaba conmigo y con la vida a través de la foto. Me parece que en las familias se construyen puentes de una generación a otra.

—¿Fue una inquietud por el pasado?

—No sólo eso sino que fue también una oportunidad para hacer una reflexión sobre la fotografía y sobre mi relación con la abuela.

—¿Qué fue lo que más la sorprendió?

—En cada etapa encontraba algo nuevo. Curiosamente, en la medida en que armaba la historia, al mismo tiempo me reconstruía yo misma, voluntariamente, al sentir que había perdido mis raíces y necesitaba encontrarlas. Pero el hecho mismo de haberme dedicado a la fotografía tiene que ver con una búsqueda de identidad en distintos sentidos. Me sorprendió mucho hallarme con esta idea de que en la vida familiar somos parte de una cadena de deseos no dichos y de añoranzas. Para la exposición que se exhibe en el Centro de la Imagen, a propósito de este libro, Cuauhtémoc Medina escribió un texto en el que habla de la fe de mi abuela en la fotografía como el medio capaz de reparar ausencias. Es precisamente esta idea de creer realmente que la foto rehace un cuadro que ya no existe. Lo maravilloso de la fotografía como medio es que tiene una relación especial con la vida de la gente.



Ana Casas Broda. (Foto: Ignacio Galar)

—El brasileño Carlos Drumond de Andrade decía, en uno de sus poemas, “no arregles tu sepultada y melancólica infancia...”

—¿Y por qué no?

—¿Sucede, acaso, que las imágenes de *Álbum* sí arreglan esa melancólica infancia?

—Cada año visitaba a mi abuela en Viena. Me gustaba ojear sus álbumes. Estos objetos siempre me han parecido un misterio. Así, un verano comencé a sacar fotos en los mismos lugares que yo veía retratados. Un día ella me dio su cámara. La misma que había usado para tomar aquellas imágenes. Y, a pesar de que sí es un reordenamiento de mi infancia, creo que al final el trabajo tiene que ver mucho más con mi presente. Aunque algunos piensen que es nostálgico o hacia atrás. Pero no soy nostálgica.

—¿Por qué?

—Me parece más importante lo que está pasando ahorita. No quisiera revivir ninguna de esas etapas que tuvieron lugar hace muchos años. Finalmente, el libro cuenta una historia en la que me utilizo a mí misma. Es una historia que debía ordenar. Pero, al mismo tiempo, es un proceso de descubrimiento. Creo que en las familias las historias se repiten. Incluso con las mismas palabras y las mismas frases. De manera extraña, comencé a formar el libro simultáneamente a la pérdida de memoria de mi abuela. Al hablar con ella, descubrí que Omama había tenido la necesidad de atrapar los sucesos, de registrarlos. Esta necesidad la comparto con ella.

Tal vez por esta razón, Ana Casas escribe: “La memoria todo lo condensa y

ordena, y tantas cosas las había olvidado [...] Recordé los diarios de Omama que he traído a México. Cuando revisé las cosas de la casa los conservé todos. ¿Por qué no pensé en ellos antes? De nuevo me sorprende la necesidad de mi abuela de registrarlos todo, antes de que la memoria lo transforme. Al leerlos tuve la sensación de que el libro tenía que existir, que no podía haber sido de otra manera.

“En estos años Omama ha ido perdiendo la memoria como si dejara en mis manos el contar esta historia”.

—¿La relación con su abuela siempre fue íntima o es a partir de que comienza a armar el libro cuando surge?

—Había con ella una identificación natural desde niña. Ella era el personaje olvidado que se la pasaba tomando fotos. Yo era la única niña y jugaba con ella. Por eso surgió una empatía. Después, con los años, ella se quedó sola en la casa. En la adolescencia yo no quería ir a verla. No me gustaba ir a Viena. Pero siempre había un lazo importante. Cuando comencé a hacer las fotos del libro me fui a su casa.

—¿Qué son, para usted, cada uno de los tres ejes fundamentales que, según Paco Salinas, cruzan *Álbum*: la casa, el cuerpo y la memoria?

—Igual que una casa en la que cierto día se cambian los muebles o la mesa del lugar, el cuerpo que habitamos también va cambiando con el tiempo. De alguna manera nos representa y, aparentemente, nos dice quiénes somos. Por ello tratamos, muchas veces, de transformarlo. Para saber si podemos ser otra persona. Veía, con relación a mi abuela, esta conciencia del cuerpo en distintas etapas y estadios. La casa es el lugar donde se guardan los recuerdos y habita la memoria. Es el sitio donde se vive y transcurre la existencia. En este sentido, es la casa de Viena el punto fijo entre la historia y mi abuela. Y son, precisamente, la casa de Viena y mi abuela los dos pilares con los que se construye esa historia que acaba convirtiéndose en habitaciones para transitar. ■

Con parte de las imágenes que se incluyen en *Álbum*, ha sido montada una exposición en el Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2, Centro Histórico).



Foto: Ana Casas Broda.

cultura@elfinanciero.com.mx

### DUDAS

#### Cambio de opinión

Además de fotógrafa, Ana Casas Broda es excelente preparando café capuccino en su pequeña cafetera. Aunque, confiesa, siempre ha deseado una máquina “de esas grandotas” para poder preparar “verdaderos capuccinos”.

Insegura —especialista en imágenes al fin—, constantemente pregunta si la respuesta que ha dado es la correcta. Le interesa saber si al hablar no se ha enredado con las palabras. Si lo que ha dicho es comprensible.

Le preocupa, también, que en la entrevista se mencione que comparte la autoría de las fotografías y los textos con Hilda Broda (su abuela). Que se diga que el diseño fue de Carolina Herrera, con quien trabajó durante varios años, poco a poco, hasta conseguir que el libro quedara al gusto de ambas. Y, por último, que la “asesoría creativa del texto” fue de Beatriz Novaro.

—En el libro escribe: “No busco retratar lo que hay, sino algo provocado por el acto de fotografiar...” ¿Se modifica, acaso, la realidad al ser captada por el lente de la cámara?

—No lo creo. Más que eso, se muestra. A la hora de usar la cámara no se registra algo que no existía, sino que se enfatiza, se revela, se muestra eso que ha sido captado. Aunque por el hecho de que haya un ojo mirando lo que sucede adquiere otro carácter, se enraece, se mueve un poquito de lugar. Siento que pasan las cosas más intensamente.

“El discurso del libro —escribe Paco Salinas— se sitúa en la línea que separa la obsesión del acto consciente. Es una crónica sincera sobre la propia existencia. La autora y su abuela, unidas por una profunda complicidad, se despojan de todo lo accesorio y con valentía se ponen desnudas frente al espejo mudo e implacable que es la cámara fotográfica, brindándonos imágenes conmovedoras en las que nos muestran sus cuerpos en un íntimo acto de afecto. Se preguntan y nos preguntan sobre los aspectos fundamentales de la propia existencia: emociones, cuerpos, identidad, herencia, amor...”

—¿Su abuela ha visto el *Álbum*?

—En los últimos dos años, cuando veía cómo iba el trabajo, realmente no se acordaba. Lo miraba como si se tratara de un libro de cuentos. Recordaba alguna imagen y se le quedaba mirando por un largo tiempo.

—¿Alguna vez sintió miedo de indagar en su pasado? ¿Tuvo ganas de detenerse?

—Estoy segura de que todo lo que se pueda ver en la vida es ganancia. No creo que haya cosas que deban permanecer guardadas o en secreto. Aunque, a lo mejor, ahora empiezo a cambiar de opinión. ■ (JN)